LA CAMISA

Por Gastón MELO

Dibujos de Manuel FELGUÉREZ

I

Mi querida Lisa:
Perdona que empiece con esta fórmula. Yo sé que tú las detestas. Son "poco elegantes"; pero en este caso, espero que lo comprendas: Es una nota de despedida, y hay que ser corteses. Por lo tanto me apresto a darte las gracias. Sí, las gracias. ¿Pensabas acaso que era mal agradecido? ¡Todo lo contrario! Así, pues: Gracias, muchas gracias por todo el mal que me has hecho; por haberme mostrado los innumerables caminos que puede tener lo innoble. Gracias por haber matado al romántico muchachito que creía en los seres humanos, en la bondad, en el desprendimiento y en todo lo que tú, tan sabiamente, le has hecho ver que no existe. Gracias también por este incipiente alcoholismo —al cual, para ser honesto, ya me inclinaba. Pero sobre todo, debo agradecerte la sutileza con que fuiste depositando, cauta y dulcemente, este verdadero tesoro de veneno en mi alma. ¡Me será tan útil en adelante!

En fin, gracias por haberme enseñado a ser cobarde, por la inapreciable arma de la hipocresía, por la hermosa capa del egoísmo, por la llave maestra de la indiferencia y, sobre todo, por el detallado mapa de la crueldad. Y para que veas que no fueron infructuosas tus enseñanzas te dejo una camisa. Justamente la que traía hoy. Una última delicadeza no se le niega ni a un enemigo. ¿Verdad? —V.

P. S.
Te encargo a mi fantasma; seguramente él, a su vez, cuidará de hacer más placentera tu soledad.

II

Un agudo silencio le traspasó los oídos y se esparció por sus nervios, mientras la casa se afirmaba a su alrededor agresiva y burlona, enteramente blanca, como una cripta. Ni un movimiento. Ni el más breve parpadeo. Solamente una pausa absoluta, estancada, frágil de tan dura y cristalina.

Tomó de sobre la cama la camisa y la examinó. Todo inmóvil. Pasó la mano por la raya oscura del cuello y la dejó otra vez en la cama. Nada. Todo completamente quieto. La vida parecía detenida por alguna falla natural del universo.

A través de la ventana, el sol grande y cálido de la tarde hacía brillar las plantas del jardín y los infinitos seres luminosos que vibraban en el aire.

Sin darse cuenta caminó por el pasillo hacia la escalera, que bajó sin sentir, con los brazos colgando, rotos y abandonados al viento. Durante un rato estuvo inmóvil en el centro de la estancia. Hubiera querido tener algún pensamiento, algún sentimiento que le indicara que todavía estaba viva; pero todo se deslizaba tan perfectamente en ella, que no sentía ni siquiera su respiración. Tenía la cabeza llena de aire, o de algodón, o de niebla. De nada.

Poco a poco fue saliendo la noche. Las sombras invadieron, primero tímidas y pequeñas, después poderosas, incontenibles. El jardín trataba de meterse por las ventanas. Un dedo helado le dividió en dos la espalda, y el pánico se le enredó en la garganta. Se precipitó sobre una lámpara y, al encenderla, tiró un cenicero que se estrelló sin eco. Las sombras retrocedieron, rencorosas.

Algo viscoso empezaba a moverse dentro de ella. Una por una fue prendiendo todas las luces, la chimenea, el tocadiscos... Se sirvió un trago de ron, lo apuró y se sirvió otro mientras caminaba lentamente por la sala. De pronto sus ojos tropezaron con el cenicero roto y las colillas aplastadas.

—Se fue —dijo en voz baja. Pero aquello no significaba nada. Un mero sonido, casi gracioso.

La música empezó a reptar, a treparse en las paredes con sus millones de patitas, cubriendo el techo y los muebles, enroscándosele en las piernas, hacia arriba, haciéndolas balancearse.

—Se me fue.

Y se derrumbó sobre un sillón.

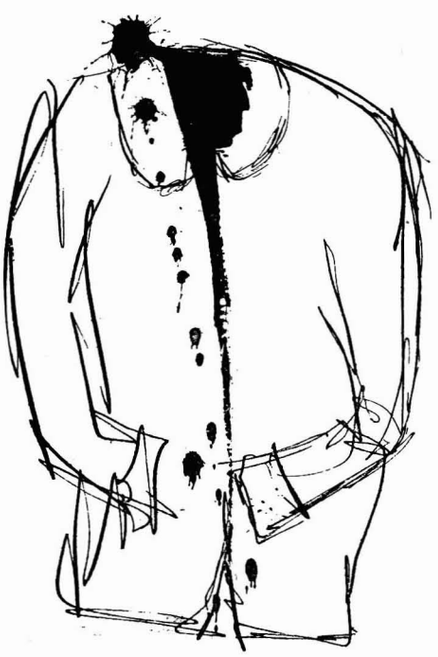
—Se... me... fue.

Las palabras no entraban en su cerebro, pero una ligera línea oscura se fue formando entre sus cejas.

Se sirvió otro vaso. La danza dorada, inmóvil de la chimenea atrapó sus ojos. La casa comenzó a hacerse un globo enorme, ingrávido, sin contornos, mientras su figura se reducía como si fuera ella misma la que estuviera ardiendo.

Ahora la música estaba ya en el vaso de ron; la veía derramarse sobre la mesa y caer en cascadas lentas y transparentes hacia el suelo, que se estremecía a su contacto.

—Se me fue.



Su cabeza recogió desordenadamente una parvada de imágenes en desbandada (cejas, ojos, labios, párpados) que las llamas lanzaban hacia arriba en diminutos fuegos de artificio, que le quemaron la boca. Echó la cabeza hacia atrás para terminar el vaso de ron que le calmaba momentáneamente la sed que la abrasaba. De las comisuras de sus labios resbalaron lentamente dos hilillos de alcohol que se juntaron sobre el pecho, y escurrieron rápidamente entre sus senos.

De pronto las imágenes en rebelión le azotaron por turbonadas el cerebro: él entrando con su cara desolada y sus ojos llenos de vidas inconfesables. Él sentándose. Sus zapatos cafés. Su voz como dos sonidos paralelos, entre los que se alargaban las palabras. Sus solapas. Sus pantalones llenos de sus piernas.

—Se me fue. Todo él. Con su calor y sus manos frías. Con su lugar y su aire y todo. Se me fue todo él. Todo.

Algo hirviendo le subió por la garganta hasta los ojos totalmente abiertos.

La casa se había convertido en un vientre enorme, erizado de dientes, que digería toda aquella atmósfera de maligna densidad.

Se incorporó tratando de asirse, o de apartar aquella niebla pertinaz y huidiza, llena de música.

"Come back Liza, come back girl." La escalera se bamboleaba al ritmo algodonoso de la música. *"Wipe the tears."* "Se me fue." Como un intestino que se alarga o se estrecha. Todas las paredes estaban vivas, pegajosas de música. Trataba de separar las manos de los muros, pero aquella capa viscosa se le adhería a las manos y los pies impidiéndole avanzar. Al fin, en la cama: la camisa ausente de forma, deshabitada.

Se tendió, dulce y torpemente, al lado del bultito blanco. Con mucho tiento, con el terror agolpado en la punta de los dedos, fue alargando la mano hasta tocarlo. Y la pústula se reventó. Desde lo más hondo, desde la sima donde se gestan los gritos, un sollozo subió como un temblor eléctrico, chocando contra todos los ángulos de su cuerpo, hasta salir por su boca hecho un coágulo borboteante. Después el silencio trémulo, en espera de la tormenta. Pasaron los segundos, los minutos, y la tensión del silencio fue cediendo paso a un cansancio abotagado y amorfo. Sólo sentía el peso quemante de sus lágrimas deslizándose mansamente sobre su cara.

—¿Por qué, por qué, por qué? Si yo... ¿qué te faltaba? No entiendo, no entiendo. Nunca... Estabas como aislado... Yo te di todo, todo. ¿No?

Con mucho cuidado, como si se fuera a romper o a esfumar, tomó las mangas de la camisa y se las enredó alrededor del cuello. "Aquí, aquí estabas tú, todo tú. Aquí tus brazos y tu espalda; estos pliegues... Tú, tú." Y la apretaba contra su pecho hasta hacerse manchas rojas. "Como besos..."

La sed le pegaba la lengua, enorme, ajena a su boca, contra el paladar.

Las paredes habían vuelto a quedar inmóviles, achatadas, con aire de enemigas en acecho.

Regresó a la sala con la camisa apretada contra el cuerpo. Su rostro erosionado se destacaba, hinchado, en medio del la enorme desolación. Sed. Las cosas tenían la rigidez del miedo, y en la chimenea los leños carbonizados descubrían sus entrañas rojas de sed. Se sirvió un vaso de ron y lo bebió de tres largos tragos, que sintió como algo crudo y vivo que le daba calor. Maternalmente colocó la camisa en el respaldo de una silla y se sentó frente a ella. Un oleaje subterráneo la fue poseyendo.

—¡Idiota!

La palabra formó un globito de cristal purísimo que se hizo añicos contra la silla.

—¡Imbécil! ¡Idiota! ¡Estúpido!

Ahora eran un río lleno de remolinos y cavidades oscuras.

—¡Idiota! ¡Idiota! ¡Idiota! ¡Idiota!

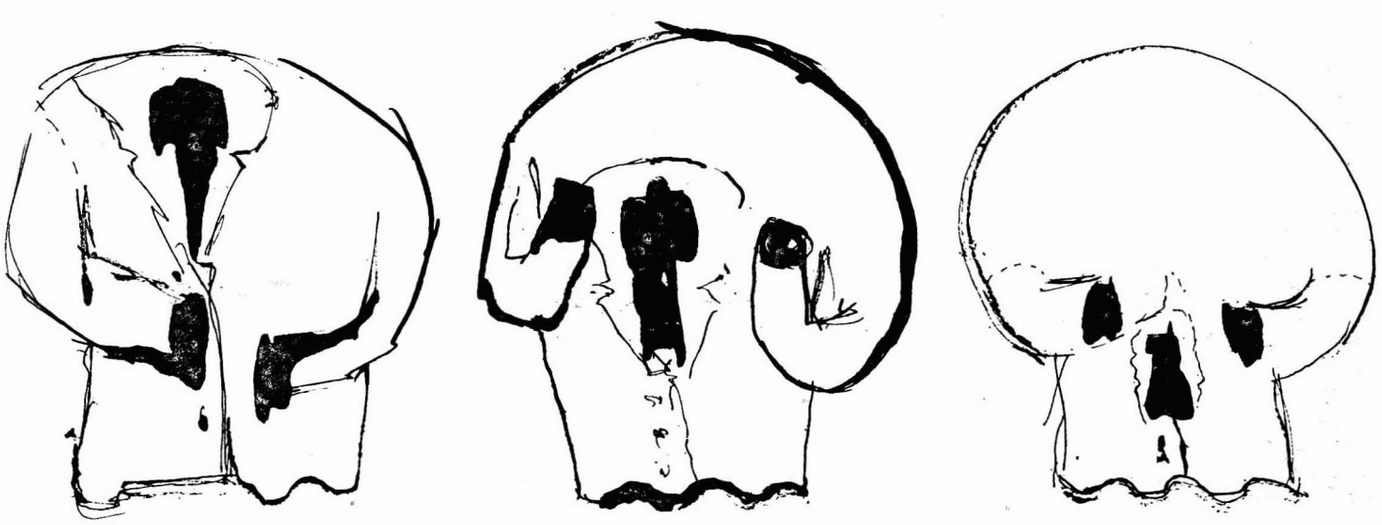
Ahora eran afiladas, brillantes y perversas.

—¿Que soy vieja, muchachito imbécil?

Y su rostro minuciosamente estragado, temblaba, convulso, detrás de los borrones de cosméticos, como una máscara guardada mucho tiempo que de pronto se saca al sol.

Se avalanzó sobre la camisa mordiéndola y rasgándola, escupiendo los pingajos húmedos en sangre de sus uñas rotas y lágrimas y saliva, hasta arrojarla en las brasas con violenta impotencia.

Se quedó vertical en medio de su respiración arremolinada.

Una llamita brotó de pronto en lo blanco, tímida y alegre.

Estaba sintiéndose arder. El corazón, con la fuerza de un puño, la empujó sobre el fuego. Rojo amarillo alfileres y mordidas de rata en sus manos y brazos. Apretó el guiñapo humeante contra su cara, buscó la botella de ron en alguna parte de la casa bamboleante y bebió con la tos arañándole la garganta. De pronto el suelo se le vino encima con olor a polvo y dolor en el costado izquierdo pero el aire no se cerró detrás de su caída y quedó al fondo de un pozo vacío de paredes de aire con el techo por cielo mucho más benévolo que el otro que empezaba a rasguñar los vidrios de las ventanas empujado por una aurora limpia y cruel que se le metía por la nariz produciéndole náusea porque la mesa la iba a pisotear con su olor a bosque nacido de la alfombra con alma de piedras que cultivaba gusanos que trepaban por sus muslos blandos cuerpecitos asquerosos para depositarse en el techo devorando paredes para hacerlo bajar a cobijar su sueño que le pulverizaba los párpados bajo la camisa quemada.